

## *Cultura y globalización*

*Jacques Chonchol*  
Universidad ARCIS

El fenómeno de la globalización que parece tan dominante en nuestra época no solo tiene implicaciones económicas y financieras, así como en los sistemas de comunicación y en el rol político de los estados nacionales, sino también en lo que se relaciona con la cultura. Trataremos aquí de examinar algunas de estas relaciones entre globalización y cultura.

### CONCEPCIONES DE LA CULTURA

Pero para ello es necesario, en primer término, considerar qué entendemos por cultura. Durante mucho tiempo se la definió como el patrimonio y la herencia de objetos, modos de pensar y comportamientos que dan su identidad a un grupo humano y a los hombres que lo componen<sup>1</sup>. La cultura era lo que hacía a un hombre ser inglés, senegalés o árabe.

Hoy día en cambio este encadenamiento no parece ser tan evidente. Las tradiciones que tienden a debilitarse, las diferencias que se derrumban o se construyen, los mestizajes que aparecen en la superficie, hacen que la idea de cultura adquiera un nuevo sentido. La cultura en vez de ser la causa de una identidad colectiva se transforma en su consecuencia y su producto. Ya no es más un sistema cerrado o una tradición que se conserva, sino una construcción social en permanente renovación una de cuyas funciones es la de guardar constantemente las fronteras de una colectividad particular.

En un artículo publicado en 1917, el etnólogo Alfred Kroeber definió la cultura como una especie de superorganismo, independiente de las personas y de las relaciones sociales que las unían o las oponían, una especie de realidad superior que determinaba la conducta de los individuos. Esta concepción ampliamente compartida en los años treinta presentaba la cultura como una especie de patrimonio transmitido hereditariamente de generación en generación, que solo sufría modificaciones menores. A veces esta herencia cultural era casi asimilada a una herencia genética.

Cada cultura era considerada como una unidad fácilmente identificable y diferente de otras. Solo el contacto de culturas podía alterar la pureza original de cada cultura en particular. Este esquema ampliamente compartido, era acompañado generalmente por una visión pesimista de los procesos de aculturación que eran percibidos como alteraciones de una cultura auténtica.

Estas concepciones de la cultura fueron criticadas por el antropólogo británico Radcliffe-Brown, para quien una cultura no era una realidad concreta. Lo que existía según su explicación no eran culturas sino seres humanos ligados los unos a los otros por una serie ilimitada de relaciones sociales. En consecuencia la cultura no preexiste a los individuos. Son los individuos los que la producen colectivamente, los que organizan simbólicamente su existencia. Una cultura es un producto histórico que conoce evoluciones y transformaciones, inclusive mutaciones, ligadas a diversos factores.

La corriente teórica del interaccionismo simbólico, desarrollada por los sociólogos de la Universidad de Chicago desde fines de los años treinta, contribuyó de un modo importante a la crítica de la idea de la cultura como una especie de patrimonio que preexistiría a las prácticas de los individuos con fines de darles a priori un sentido. Buscando descubrir las representaciones y las prácticas de pequeñas comunidades marginales, a veces desviacionistas (jóvenes delincuentes de los barrios bajos, inmigrados, trabajadores clandestinos, músicos de *dancing*) realzaron dos ideas: por un lado que una cultura nueva puede nacer de una cierta relación social y por otro, que ella se elabora día a día en las interacciones colectivas e individuales.

La antropología dinámica de Edmund R. Leach y Georges Balandier se dedicó a mostrar cómo la existencia de culturas dependía de una historia colectiva ligada a enfrentamientos de poder y a luchas sociales. La coherencia relativa de que está dotada una cultura no es en esta perspectiva sino la resultante en un momento dado del conjunto de fuerzas que se ejercen en una sociedad.

Si toda cultura es el producto de una serie de interacciones sociales se puede afirmar que las culturas son interdependientes y en continuidad las unas con las otras. Analizar una cultura particular implica reconstituir y evaluar la historia de sus relaciones con las culturas vecinas. ¿Dónde comienza o dónde se detiene tal cultura particular? Como lo señalaba Claude Lévi-Strauss, “un mismo grupo de individuos,

en la medida en que se encuentran objetivamente determinados en el tiempo y en el espacio, muestran simultáneamente varios sistemas de cultura: universal, continental, nacional, provincial, local, etc. Y también familiar, profesional, confesional, política, etc.”<sup>2</sup>.

Si se admite que todas las culturas comunican y se interpenetran, se tiene que repensar, como lo propuso Roger Bastide, el problema de la aculturación. La adopción por un grupo de elementos de una cultura diferente no es un fenómeno ocasional y secundario, ni reciente en la historia de las sociedades humanas. Es un fenómeno universal y constitutivo de las culturas. No existen en consecuencia, por una parte, culturas puras y, por la otra, culturas mestizas. Todos son en grados diversos mixtas.

La consideración de los factores sociales en la formación de los sistemas culturales ha conducido en estos últimos veinte años a un reexamen del concepto de cultura. Una cultura es ahora comprendida como un conjunto dinámico, más o menos coherente, aunque jamás perfectamente coherente. Los elementos que la componen, puesto que provienen de diferentes fuentes en el tiempo y en el espacio, no están jamás totalmente integrados los unos con los otros.

El esfuerzo que hace cada grupo humano para distinguirse de otros es también uno de los factores importantes de cambio cultural. Frederick Barth mostró cómo grupos vecinos geográfica y culturalmente tenderán a acentuar sus diferencias culturales para consolidar sus fronteras étnicas.

Considerar la cultura más como una construcción y no como un hecho dado no permite llegar a la conclusión de que cada uno puede inventar una cultura a pedido. Toda cultura es una construcción colectiva, ligada a situaciones sociales concretas en las cuales se encuentran implicados, independientemente de su voluntad, los que se reclaman de dicha cultura. La producción de cada cultura es un hecho relacional en gran parte inconsciente. El individuo, aun si participa necesariamente como actor social en la elaboración de la cultura, no es libre de elegir su cultura según su estado de ánimo. Reducir la cultura a una especie de armadura que se puede endosar o rechazar, como tienden a hacer los que confunden “culturas” con “estilos de vida”, es empobrecer considerablemente el concepto de cultura.

## CULTURA Y DESARROLLO

Habiendo clarificado la concepción actual del fenómeno cultural es importante, ahora en el marco de la globalización, examinar las relaciones entre cultura y desarrollo. Javier Pérez de Cuéllar, que ha encabezado en los últimos años la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO, nos dice que un desarrollo que se persigue sin referencia al contexto humano y cultural no es más que crecimiento

sin alma, en circunstancias que un desarrollo económico equilibrado participa de la cultura de un pueblo<sup>3</sup>. Si se define la cultura –agrega– como “la manera de vivir juntos” y si se percibe el desarrollo como un proceso liberador que debe permitir a cada cual satisfacer sus justas aspiraciones, es evidente que la cultura es mucho más que un aspecto entre otros del desarrollo. En todo caso, cualquiera que sea la importancia de la cultura como acelerador o moderador del desarrollo, no cabe reducirla a una dimensión de valor positivo o negativo en la ecuación del crecimiento económico. Al contrario, la cultura aparece como el objetivo último de un desarrollo bien entendido, es decir, dirigido a lograr la plena realización del ser humano.

Es la cultura la que inspira las metas que dan sentido a la existencia. Por importante que sea la cultura en el desarrollo, no es posible considerarla como un simple medio. Este doble aspecto se manifiesta tratándose del crecimiento económico, pero también de la defensa del medio ambiente, del mantenimiento de la cohesión social o del fomento de los valores democráticos.

Por su parte Amartya Sen, economista y filósofo y reciente premio Nobel de economía, nos indica que en el mundo contemporáneo hay dos formas de concebir el desarrollo. La primera, que lleva la impronta de la teoría del crecimiento económico y de los valores en que este se apoya, considera que el desarrollo consiste esencialmente en un aumento rápido y constante del producto nacional por habitante, con el eventual propósito de repartir equitativamente los frutos de esa expansión. Es lo que él llama concepción economicista del desarrollo en la cual los valores y la cultura desempeñan un papel secundario.

Pero es posible también concebir el desarrollo como un proceso destinado a acrecentar la libertad de cada cual en la prosecución de sus aspiraciones esenciales. Se trata en este caso de una concepción emancipadora del desarrollo, en que la riqueza material es solo una función del sistema de valores y donde el progreso socioeconómico está determinado por lo cultural<sup>4</sup>.

En síntesis, para Sen el desarrollo, en su sentido lato, comporta forzosamente una dimensión cultural y el desarrollo cultural es un elemento esencial e indisoluble del desarrollo en general. Nada en definitiva puede justificar la importancia que se atribuye al crecimiento económico o a cualquier otro objetivo independientemente de aquellos valores que consideramos prioritarios y que son un reflejo de nuestra cultura. Cualesquiera que sean las metas que nos hayamos fijado, estarán determinadas hasta cierto punto por nuestra cultura y nuestras normas de conducta. Pero esa no es la única función de la cultura. Los parámetros culturales desempeñan también un importante papel catalizador, tanto desde el punto de vista del crecimiento como desde el punto de vista de la realización de otros objetivos, la mejoría de la calidad de la vida entre otros.

## IMPACTO DE LA GLOBALIZACIÓN EN LA CULTURA

El proceso de globalización en el que hoy día estamos insertos es un proceso complejo, que resulta a la vez de cambios tecnológicos que se han producido en años recientes en los sistemas de comunicación, de transporte, de información y de producción, de cambios políticos en la correlación de fuerzas internacionales desde fines de los años ochenta (término de la guerra fría y desaparición de la URSS) y en el poder relativo de los Estados nacionales, de la aparición de nuevos actores económicos y financieros que han cobrado particular relevancia en el mundo en años recientes (multinacionales, inversores institucionales y otros), etc.

En este proceso de globalización tienden a predominar los intereses de los capitalistas y de los financieros por sobre los de los trabajadores, los de los actores internacionales por sobre los de los estados-naciones, los de los productores y distribuidores de servicios por sobre los de los productores de bienes, los de la economía por sobre los de la política.

Como era dable esperar, ello ha influenciado considerablemente los modelos de desarrollo y por tanto las culturas nacionales, regionales, locales, urbanas e inclusive étnicas con la aparición de nuevos valores ligados fundamentalmente a un modo de crecimiento económico individualista y de libre intercambio.

Estos nuevos valores son los del consumismo, que hacen correr el riesgo de hacer del consumo la única actividad humana que define la esencia del individuo. Como dice Benjamín Barber<sup>5</sup>: los centros comerciales, las plazas públicas privatizadas y los barrios sin vecinos de los sectores residenciales son las nuevas iglesias de esta civilización mercantil. Los nuevos productos no son tanto bienes como imágenes que contribuyen a crear una sensibilidad planetaria, vehiculizada por símbolos, estrellas del espectáculo, canciones y marcas. Las relaciones de fuerza se transforman en relaciones de seducción, la ideología se transforma en una especie de “videología” a base de sonidos expresados en *video-clips*. Estos valores no son impuestos por gobiernos coercitivos o por sistemas colectivos autoritarios. Ellos son transfusionados a la cultura por seudoproductos culturales –películas o publicidades– de las que derivan un conjunto de bienes materiales, accesorios de moda y diversión. *El Rey León*, *Jurassic Park* o *Titanic*, no son solamente películas, sino también verdaderas máquinas de comercialización de alimentos, música, vestimentas y juguetes.

Estos valores consumistas y los que los promueven tratan de modificar las tradiciones que se oponen a ellos. Las ventas de Coca-Cola tienen poco porvenir entre los bebedores de té, por tanto en Asia la firma de Atlanta le ha declarado la guerra a la cultura hindú del té. La tradición de largos almuerzos tomados en la casa de los países mediterráneos es un obstáculo al *fast-food*: las cadenas que lo promueven

buscan socavar los valores familiares, del mismo modo que las películas de acción de Hollywood. En la cultura del *fast-food* el trabajo es primordial y las relaciones humanas secundarias, lo rápido debe primar por sobre lo lento y lo simple por sobre lo complejo. El modo de vida agrícola tradicional es difícilmente compatible con el consumo televisivo. Debe ser superado por no moderno. La moral de la austeridad es un obstáculo a la lógica económica del consumo. Debe ser considerada como valor de otra época.

Otro aspecto fundamental de los nuevos valores que aporta la globalización, y para Eric J. Hobsbawm el más significativo<sup>6</sup>, está en la precariedad del empleo porque ello implica constreñir a las empresas a adoptar una mayor flexibilidad con respecto a la fuerza de trabajo.

Este será sin duda uno de los grandes problemas sociales del siglo XXI. Pero nada asegura que frente a este y otros problemas la actual idolatría por los valores del mercado durará indefinidamente. La globalización tiene sin duda una dinámica irreversible, pero no ocurre lo mismo con la ideología fundada en la globalización, la ideología del libre intercambio neoliberal, del fundamentalismo del mercado. Ella está creando tantos problemas sociales que se observa en muchas partes una reacción frente a ella, un nuevo llamado a la acción de los poderes públicos y a una valorización del rol de los estados.

Por otra parte, cierto número de actividades no pueden organizarse sobre la base de una remuneración máxima e inmediata o según las leyes de la competitividad del mercado. La ciencia es una de ellas nos dice el propio Hobsbawm.

En conclusión, podemos decir que los valores del individualismo mercantil que ha traído la globalización han tenido un fuerte impacto en las poblaciones occidentales y en los grupos de otras civilizaciones más integradas al Occidente (inmigrados, juventudes urbanizadas de muchos países en desarrollo, elites ligadas a las actividades financieras y de intercambio, clases medias y burguesías de poca tradición, mundo del espectáculo y del deporte comercializado, etc.), pero también se observan resistencias y aun retornos a culturas locales, regionales o nacionales como reacción frente a la imposición de estos valores en un mundo caracterizado por una gran desigualdad económica y social.

Los elementos centrales de cualquier cultura o civilización son el idioma y la religión. Y estos no tienden a globalizarse. La proporción de la población mundial que habla los cinco idiomas más difundidos (inglés, francés, alemán, portugués y español) declinó del 24,1% de la población mundial en 1958 al 20,8% en 1992. Los anglófonos del mundo representaban en 1992 al 7,6% de la población mundial<sup>7</sup>. La cultura de Davos es compartida por un 1% de la población mundial.

Por otra parte, a fines del siglo XX se constata un resurgimiento global de las religiones en todo el mundo. Este resurgimiento implica una intensificación de la conciencia religiosa y el ascenso de los movimientos fundamentalistas.

En este contexto, no es dable pensar que los valores mercantiles de la actual globalización tiendan a convertirse en los valores universales de una sola cultura.

Como lo observaba Braudel<sup>8</sup>, sería infantil pensar que la modernización o el triunfo de la civilización en singular llevará al fin de la pluralidad de culturas históricas corporificadas durante siglos en las grandes civilizaciones del mundo.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Denys Cuche. "Nouveaux regards sur la culture", *Sciences Humaines*, 77 (Noviembre 1997).
- <sup>2</sup> Claude Lévi-Strauss. *Anthropologie Structurale*. Paris. Plon, 1958, p. 325.
- <sup>3</sup> Entrevista en el *Correo de la UNESCO* (Septiembre 1996).
- <sup>4</sup> Amartya Sen. "La Posibilidad de Elegir" (Septiembre 1996).
- <sup>5</sup> Benjamin. "Culture Mc World contre Democratie". "Manière de Voir". *Le Monde Diplomatique*, 46 (Julio-Agosto 1999).
- <sup>6</sup> Eric J. Hobsbawn. *Les Enjeux du XXI siècle*. Paris. Ediciones Complexe, 2000.
- <sup>7</sup> Samuel P. Huntington. *O Choque de Civilizações*. Rio de Janeiro. Ed. Objetiva, 1997, p.70.
- <sup>8</sup> Citado por Huntington, *op. cit.*, 94.